

Granada *safarī* e higo *dunniqāl*: la transmisión de nombres y especies en al-Andalus¹

Miquel Forcada *

Resumen: *Safarī* y *dunniqāl* ('zafarī' y 'doñegal') son términos que designan, principal y respectivamente, a variedades de granada e higo en las fuentes andalusíes, aunque aparecen relacionados con otras especies. Ambas variedades se siguen cultivando hoy en día, especialmente en Andalucía y Marruecos. La documentación léxica y literaria de estos nombres es relativamente abundante en árabe. Este material es objeto de una revisión crítica encaminada a conocer, con mayor precisión, el origen, el desarrollo y la transformación de las especies y variedades designadas con estos adjetivos, y todo ello en el contexto de una reflexión de carácter metodológico sobre las dificultades de analizar las fuentes árabes y sus contextos históricos.

Palabras clave: agricultura árabe, al-Andalus, *dunniqāl*, farmacología árabe, *safarī*.

The *safarī* pomegranate and *dunniqāl* fig: The transmission of names and species in al-Andalus

Abstract: *Safarī* and *dunniqāl* (zafarī y doñegal) designate, respectively, types of pomegranate and fig in Andalusī sources, even though they are also related to other species of fruit. *Safarī* pomegranates and *dunniqāl* figs are still cultivated nowadays, particularly in Andalusia and Morocco. The information about both types of fruit is relatively abundant in Arabic lexical and literary sources. This material is critically analyzed in order to gain further insights into the origin, the development and the transformation of the species and types of fruit designated by these adjectives. This analysis is done within a reflection of a methodological nature about the problems posed by the analysis of Arabic sources and their historical contexts.

Keywords: Arabic agriculture, Arabic pharmacology, al-Andalus, *dunniqāl*, *safarī*.

Panace@ 2019; XX (50): 34-41

Recibido: 12.IX.2019. Aceptado: 27.X.2019.

1. Introducción

Entre las muchas especies que se importaron a al-Andalus desde el Mediterráneo oriental y más allá, destacan la granada *safarī* y el higo *dunniqāl* por tres causas. La primera, y seguramente más importante, es la longevidad, ya que se siguen produciendo en la actualidad la granada zafarī y el higo doñegal a ambos lados del estrecho de Gibraltar². La segunda es que disponemos de una documentación relativamente amplia sobre estos nombres y unos curiosos relatos que explican su llegada a al-Andalus. Finalmente, la tercera es la dificultad de determinar con precisión qué significan exactamente los adjetivos *safarī* y *dunniqāl*³ a lo largo del tiempo, ya que, como veremos, se predicen de distintos árboles frutales y presentan un buen número de variantes y alternativas⁴. El análisis crítico de los materiales léxicos y literarios asociados a la granada zafarī y al higo doñegal permite explorar con cierta profundidad las pautas de transmisión de las especies y las palabras que las designan. Este estudio no proporciona conclusiones definitivas, sino más bien subraya las lagunas de lo que sabemos y, por lo tanto, constituye un ejercicio metodológico útil para alcanzar un conocimiento más preciso del legado botánico, geopónico y farmacológico andalusí.

2. Las narrativas de la transmisión

2.1. Las historias

La granada *safarī* y el higo *dunniqāl* son objeto de dos narraciones que explican su llegada a al-Andalus como presentes a un emir omeya. En ellas interviene un cortesano que, tras cultivar sus semillas, ofrece el fruto al emir cuando está seguro de que el árbol que lo produce será viable. Aunque ambas historias ocurren en tiempos distintos y la época de su primera aparición es diferente⁵, ambas están claramente relacionadas y, en consecuencia, deben ser analizadas conjuntamente. La narración sobre la llegada de la granada *safarī* aparece en distintas fuentes⁶. La versión más completa es la de al-Maqqarī, que también es una de las más antiguas a pesar de que el autor sea el más tardío, porque este cita a Ibn Sa'īd al-Mağribī (m. 1286), quien, a su vez, se basa en el historiador cordobés Ibn Ḥayyān (m. 1075). Según Ibn Sa'īd, Ibn Ḥayyān le dedicó a la granada *safarī* una sección específica en alguna de sus obras, que podemos suponer que coincide, total o parcialmente, con los textos de al-Maqqarī. En la traducción de Samsó (1981-82: 137-138), que se reproduce a

* Universidad de Barcelona, Facultad de Filología y Comunicación, Sección de Estudios Árabes e Islámicos (España). Dirección para correspondencia: mforcada@ub.edu

continuación con leves modificaciones, la parte fundamental de la anécdota es la siguiente:

Refirió Ibn Saʿīd: la granada *safarī*, que se difundió por todos los confines de al-Andalus de tal modo que [los habitantes de este país] la preferían a todas las variedades restantes, tenía su origen en esta Ruzafa. Ibn Ḥayyān expone cuanto a ella se refiere: esta variedad se distingue por su calidad, siendo la mejor de todas las especies de granada por su sabor dulce, la finura de sus semillas, su carácter especialmente jugoso y la belleza de su forma. La trajo a al-Andalus el embajador enviado a Siria [por ‘Abd al-Raḥmān I], con el encargo de entrar en contacto con su hermana, el cual había traído los mejores ejemplares de granada de la Ruzafa [siria, cuya fundación] se atribuye al [califa] Hišām. ‘Abd al-Raḥmān la mostró, entonces, a los hombres de su privanza, poniendo de relieve su belleza. Entre los presentes se encontraba Safr b. ‘Ubayd Allāh al-Kilāʿī, perteneciente al *ḡund* de Jordania. Se dice que era uno [de los descendientes] de los *anṣār* que llevaban los estandartes del Enviado de Dios, Dios le bendiga y le salve, en sus campañas guerreras. El monarca le entregó una parte de estas granadas y él quedó maravillado ante su hermosura y quiso hacer una experiencia con ellas. Las llevó entonces a una alquería situada en la cora de Rayya⁷. Allí manipuló sus semillas y se las arregló para plantarlas, alimentarlas [con agua y abono] y trasplantarlas, hasta que surgió un árbol que dio fruto y [este, a su vez] maduró. [Safr, entonces,] arrancó [los frutos] de cuajo, quedando asombrado ante su belleza, y se dirigió con ellos inmediatamente a presencia de ‘Abd al-Raḥmān I, quien pudo comprobar que eran semejantes en todo [a las granadas de la Ruzafa siria]. El emir le preguntó cómo lo había conseguido y [Safr] le informó del procedimiento que había utilizado para obtenerlas. [El monarca, entonces,] admiró su destreza, apreció sus esfuerzos, le dio las gracias por la tarea que había llevado a cabo y recompensó con generosidad su regalo. [Acto seguido,] se plantó [aquella granada] en la almunia de la Ruzafa y en otros jardines de su propiedad. Aquella especie [de granada] se difundió, el pueblo diseminó las plantaciones de esta índole y atribuyó su origen [a Safr], ya que, desde entonces y hasta ahora, es conocida como granada *safarī*.

Conviene destacar que, ni en esta ni en ninguna de las otras versiones que veremos, Safr es el transmisor desde Oriente, sino el aclimatador. Solo en *Nafh al-ṭīb*, de al-Maqqarī, citando a Ibn Saʿīd, se nos dice, poco antes del texto traducido más arriba, que Safr y un cierto Yazīd eran «enviados» (*rasūl*) de ‘Abd al-Raḥmān I que se encargaban de surtir al emir de semillas y plantas procedentes de Siria que luego este sembraba en su finca de la Ruzafa⁸.

La historia del higo *dunniqāl* aparece únicamente en el tratado agronómico *K. Zuhrat al-bustān wa-nuzhat al-adhḥān* de al-Ṭiḡnārī⁹. Expiración García Sánchez (1995: 44) da la siguiente versión:

La higuera doñegal¹⁰ la trajo al-Ġazāl —en tiempos de ‘Abd al-Raḥmān II— cuando fue de Córdoba a Constantinopla de embajador. Allí vio estos higos que le admiraron, pero estaba prohibido sacar nada de la ciudad. Entonces cogió semillas de higos verdes y las metió en las jaretas con las que había atado sus libros, después de descoser sus cabos y volverlos a coser como estaban. Cuando quiso partir, se examinó su equipaje, pero no se encontró rastro de ello. Al llegar a Córdoba, sacó las semillas de dentro de los cabos, las sembró y las cuidó, y cuando dieron fruto fue con los higos al señor de Córdoba y le sorprendió, informándole de su ardid para traerlos. Él apreció su acción y le preguntó cómo se llamaban. Al-Ġazāl le dijo: «no sé su nombre, pero el que los cogía decía cuando me los daba *donno cole*, que quiere decir ‘mi señor mira’». Entonces, el Príncipe de los creyentes los llamó *doñegales*.

El etimólogo puede optar por aceptar estas historias aunque solo sea porque ofrecen, como en el caso de *safarī*, un origen formalmente adecuado para *zafarī* y palabras afines (Corominas y Pascual, 1980-91; Corriente, 1999; ambos s. v. *zafarī*; Corriente, 2008; s. v. *safaria*)¹¹, o bien puede rechazarlas por improbables, como habitualmente procede en las etimologías populares (Mondéjar, 1993: 453-454). En todo caso, las leyendas y los mitos suelen tener un fondo de verdad, como dice ese tópico al que las historias relacionadas con la granada *safarī* darían, aparentemente, la razón.

2.2. Los textos en confrontación

2.2.1. La granada *safarī* y los textos relacionados con Córdoba

El núcleo original de la narración sobre la granada debe ser relativamente antiguo, ya que la primera versión de la historia la da, por dos veces, el juez y literato al-Ḥuṣānī (m. 971), citando a otro juez y hombre de religión, Muḥammad ibn ‘Abd al-Malik Ibn al-Ayman (m. 941-2), quien le habría explicado directamente la historia. En ella, quien trae la granada a al-Andalus es uno de los principales religiosos andalusíes del siglo VIII, Mu‘āwiya ibn Šāliḥ al-Ḥaḍramī (m. 774)¹². ‘Abd al-Raḥmān I le habría encargado que le pidiera a su hermana Um Aṣḥāg que viajara con él a al-Andalus, aunque ella rechazó la oferta. Al-Ḥuṣānī prosigue en *Quḍāt Qurṭuba*:

Me dijo Muḥammad Ibn ‘Abd al-Malik ibn al-Ayman: «Sobre aquel viaje (*safra*) escribieron sabios importantes». Me dijo [Ibn al-Ayman sobre lo que se había escrito]: «Después [de intentar convencer a la hermana del emir], Mu‘āwiya fue a ver al emir ‘Abd al-Raḥmān y le llevó los regalos de la gente de Siria, entre los que había la granada que se conoce en al-Andalus en la actualidad como granada *safarī*. Se pusieron los contertulios sirios del emir a recordar Siria con pena. Entre ellos había un hombre llamado Safr, que cogió algunas de aquellas granadas. Las cuidó, las plantó y brotaron y dieron fruto. Por esta razón la granada *safarī* se le atribuye a él hoy en día».



La segunda referencia más antigua se halla en un poema de Ibn Farāğ de Jaén (m. ca. 976), uno de los grandes poetas de la corte omeya de Córdoba. El autor dice lo siguiente en el cuarto verso de un poema de ocho destinado a, simplemente, describir la granada¹³:

Se dice que viene de Safr, pero no viajó
para quejarse del alejamiento o soportar las
[fatigas de la noche.

*wa-li-l-Safri tu'zā wa-mā safarat
fa-taškū al-nawā aw tuqāsī al-surā*

Véase que el poeta hace un juego de palabras con *Safr* y *sā-fara*, ‘viajar’, sobre el que volveremos un poco más adelante. Después vienen los historiadores del siglo XI, empezando por el ya mencionado Ibn Ḥayyān y siguiendo por Ibn Abī l-Fayyād (m. 1066) e Ibn Muzayn (m. d. 1078). Ambos son citados por Ibn ‘Askar e Ibn Ḥamīs en *Al‘ām Mālaqa* de una manera que parece sugerir que son las fuentes de la siguiente versión del relato, que aparece en la biografía de Safr, aquí llamado Safr b. ‘Ubayd al-Kilāī:

[...] Se dice que pertenecía al linaje de los Anṣār, que eran quienes llevaban los estandartes del Enviado de Dios, Dios le bendiga y le salve. Su alquería [la de Safr]

estaba cercana a Cártama¹⁴, en el camino de Córdoba, y es conocida como *Bunīlah*. Era de la gente de Rayya y a él se atribuye la granada *safarī*. El motivo es que ‘Abd al-Raḥmān I, después de que se hubo asentado en al-Andalus, envió a buscar a su hermana Um Aṣḥāg a Siria, pero ella rehusó y le mandó unos presentes, entre los que había las citadas granadas. ‘Abd al-Raḥmān reunió a sus compañeros [sirios] y, cuando las vieron, se pusieron nostálgicos por Siria y se echaron a llorar. Safr cogió algunos granos de aquellas granadas y las escondió en su *sabaniyya*¹⁵. ‘Abd al-Raḥmān [, que lo advirtió,] dijo: «¿Qué es esto [que estás haciendo]?». Respondió: «Oh, mi señor, los plantaré en mi tierra y, a lo mejor, se adaptarán». Las plantó, se adaptaron y se convirtieron en una especie abundante en al-Andalus que fue relacionada con él [Safr]. Lo mencionan [a Safr] Ibn Abī l-Fayyād e Ibn Muzayn en sus respectivas *Historias*.

Finalmente, existe una versión más tardía que completa la primera, la de al-Ḥuṣānī, porque ambas se centran en la figura de Mu‘āwiya ibn Ṣāliḥ y no mencionan la aclimatación en Rayya. Aparece en *Siyar al-nubalā’*, la bien conocida obra biográfica del religioso e historiador sirio al-Dahabī. Su fuente es, probablemente, el biógrafo cordobés Ibn Baṣkuwāl (m. 1183) (Fierro, 1988: 317). Dice así¹⁶:

Cuando llegó [Mu'āwiya ibn Ṣāliḥ al-Ḥaḍramī] junto a ellas [las hermanas de 'Abd al-Raḥmān I], dijeron: «¡El viaje (*al-safar*)! Si ni siquiera confiamos, a causa de sus penalidades, en ir a los lugares cercanos, ¿cómo vamos a ir a un lugar para el que hay que atravesar mares y desiertos? Nosotras somos aquí inviolables y gozamos de protección (...).» Regresó Mu'āwiya con una carta suya, al tiempo que le hicieron llegar objetos preciosos de los tesoros califales. El emir 'Abd al-Raḥmān se alegró al recibirlos y aceptó su decisión con ecuanimidad. Después, llegó otra persona de Siria con otra carta y regalos y presentes, entre los que había unas granadas procedentes de la Ruzafa de su abuelo Hišām y se alegró mucho al-Dāḥil. Se hallaba junto a él Safr b. 'Ubayd al-Kilāī, de la gente de Jordania, quien tomó una parte de las granadas y sembró sus semillas en su alquería, que se convirtieron en un bello árbol. Llevó su fruto al emir, que ya era abundante allí [en la alquería] y se conoce como *safarī*, y [el emir] lo sembró en la almunia de la Ruzafa.

Los cuatro textos vistos —más el verso de Ibn Farāḡ, secundario pero significativo— conforman un cierto «corpus cordobés», ya que todos proceden de autores que pasaron su vida activa en esta ciudad. Solo Ibn Abī l-Fayyāḍ tiene una conexión menos intensa con Córdoba (Pérez Álvarez, 2012), aunque está bien documentado su trato personal con el famoso cordobés Ibn Ḥazm y se especula que conoció a Ibn Ḥayyān; en cualquier caso, conocía bien la historia andalusí y, por lo tanto, la de Córdoba. Las cuatro versiones de la historia son relativamente homogéneas y se centran en el episodio de la infructuosa petición del emir a sus hermanas, es decir, en el motivo del viaje, que aparece en tres formas: el viaje del emisario del emir, el viaje que no se atreven a realizar las princesas omeyas y, finalmente, el viaje que realizan las granadas. Estas se revelan en los cuatro textos como el elemento más importante de los regalos que la princesa o princesas enviaron a su hermano, posiblemente para compensarle el desaire. En cierto modo, las granadas son una especie de metáfora sustitutiva de las propias hermanas, cuyo valor simbólico solo puede ser entendido si tenemos en cuenta la pasión del emir por las plantas y los árboles y por reconstruir en Córdoba el mitificado palacio de la *al-Ruṣāfa* de Siria, con sus vistosos espacios ajardinados. Existen, sin embargo, dos diferencias importantes entre las historias de al-Ḥuṣānī, Ibn Ḥayyān y al-Dahabī —basada posiblemente en Ibn Baṣkuwāl— por un lado, y la que, también posiblemente, viene de Ibn Abī l-Fayyāḍ y/o Ibn Muzayn y recogen Ibn 'Askar e Ibn Ḥamīs en *Alām Mālaqa*. La primera es que esta última fuente incluye de una forma explícita el motivo literario del hurto de las granadas para obtener semillas, aunque finalmente se trate de un hurto venial y consentido. Sobre ello volveremos más adelante. La segunda es que aparece el nombre de una alquería que poseía Safr, Bunīla/Bunayla. Este dato, que encaja bien con la versión de Ibn Ḥayyān, confiere un alto grado de verosimilitud a la historia. Martínez Enamorado (2003b: 114-116) identifica esta alquería con la actual localidad malacitana de Casarabonela, y ubica esta historia en un contexto agrario más amplio caracterizado

por la práctica del regadío y la introducción de nuevas especies. En este sentido, la aclimatación por parte de Safr de la granada no sería un hecho aislado (Martínez Enamorado, 2003b: 107 *passim*), sino el reflejo de una práctica no infrecuente en un espacio agrario concienzudamente trabajado.

A pesar de ese dato tan preciso de la alquería que pudo hallarse en la actual Casarabonela, ¿hasta qué punto hemos de tomar al pie de la letra las anécdotas de Safr? Martínez Enamorado (2009a: 88) indica en este sentido que la anécdota pudo haber sido manipulada por los sabios cordobeses del siglo x¹⁷, indicando la posibilidad de que la granada hubiera entrado por la zona de Málaga y, después de aclimatarse en Rayya, hubiera pasado a la capital. Si buscamos la historicidad del conjunto, la anécdota tiene un punto débil: el nombre del propio protagonista, independientemente de cuál sea su vocalización correcta¹⁸. Se trata de un nombre realmente insólito, que no se repite en otras fuentes andalusíes excepto en la *nisba* de un poeta almeriense del siglo xii, Muḥammad ibn Safr¹⁹, y, aun así, este nombre no es seguro, dado que el biógrafo Ibn al-Abbār comenta que «nuestros compañeros escriben el nombre con *šād*», es decir, Ibn Ṣafar²⁰. El personaje Safr ibn 'Ubayd al-Kilāī, que solo figura en las fuentes vinculado a la granada, parece haber nacido para justificar el nombre de esta última. La excepcionalidad del antropónimo no es un argumento en sí mismo, pero se convierte en algo parecido a un argumento cuando se pone en relación con la noción de viajar, central en las narraciones, que en árabe se expresa con el verbo *safara* y sus derivados. Ya hemos visto, además, como el poema de Ibn Farāḡ juega con el doble sentido. En los diccionarios encontramos que *safra* significa 'viajero'; *safar*, 'viaje', y *safarī*, 'relativo al viaje'. Los hechos que podemos dar por ciertos son pocos, pero uno parece indudable: los andalusíes sabían que ciertas especies vegetales habían viajado. Desde esta perspectiva, cobra fuerza la teoría que Ibn al-'Awwām apunta en su tratado de agricultura: *safarī* significaría, en este caso, 'viajera'; alternativamente, el autor indica la posibilidad de que fuera la granada del 'embajador' (*musāfir*), y menciona, además, que el nombre puede proceder de Safr²¹.

2.2.2. Las anécdotas sobre la granada *safarī* en otros textos

Los textos que revisaremos a continuación son, en su mayoría, de creación más reciente que los anteriores, y se caracterizan todos ellos por no citar sus fuentes, a diferencia de los anteriores —con la excepción del fragmento de al-Dahabī, que tampoco las cita aunque se adivinan—. El primero en el tiempo es el geógrafo al-Ṭignarī, de quien sabemos que estaba activo a principios del siglo xii. Su relato es el más original de todos, ya que, aunque sigue el hilo general establecido por los autores precedentes, difiere en varios puntos que serán analizados más adelante. Dos son especialmente llamativos: por una parte, el origen de la granada, que es Bagdad en vez de Siria; por otra, su nombre, *rummān ḡafarī*, porque quien la aclimata se llama Ḡafar²²:

Su origen [el de la granada *ḡafarī*] radica en 'Abd al-Raḥmān, el que entró en al-Andalus. Su hermana le había mandado desde Bagdad unos presentes variados entre los

que había muchas granadas que ella misma había escogido. Cuando le llegó el regalo, [‘Abd al-Raḥmān] lo distribuyó entre los notables de su Estado y envió una parte del mismo al gobernador de Rayya, que se llamaba Ġa’far. Cuando le llegó [su parte] a este último, tomó sus semillas, las sembró y cuidó de ellas hasta que dieron fruto. Después fue a ver [al emir], quien se quedó sorprendido y maravillado, y ordenó que fueran cultivadas. Las sembró y las llamó con el nombre del cultivador, por lo que se denominan *ġa’farī*. Es necesario que nos ocupemos del asunto del granado y que sea el árbol más abundante del jardín, ya que es uno de los árboles frutales más importantes, y su fruto es, a la vez, un alimento y una medicina, y posee las virtudes que explicaremos en el capítulo dedicado al mismo.

Martínez Enamorado (2009a: 88; 2009b: 70) sugiere que este gobernador de Rayya puede identificarse con Ġa’far al-Ṣaqlabī, uno de los más importantes funcionarios de la corte omeya del siglo x, que sirvió a ‘Abd al-Raḥmān III y al-Ḥakam II. Es una hipótesis plausible, a pesar de que el texto se refiere claramente a ‘Abd al-Raḥmān I, porque, como indica Martínez Enamorado, Ġa’far al-Ṣaqlabī fue uno de estos personajes que generan una notable aureola legendaria, y se le atribuye, específicamente, la invención de una famosa receta culinaria. En cualquier caso, podemos y debemos sospechar de la honestidad de al-Ṭiġnārī porque trata de un autor que demuestra en su *Zuhrat al-bustān* poseer una amplia erudición. En consecuencia, ¿por qué no refiere la historia convencional con Safr como protagonista si probablemente debía conocerla? ¿Por qué no habla de la granada *safarī* o de las muchas variedades de granada que refieren otras fuentes coetáneas, y menciona, en cambio, una que nadie más que él conoce, a pesar de la importancia que explícitamente le concede al granado y a la granada en el texto? En este sentido, hay que tener en cuenta que, como veremos más adelante, las fuentes andalusíes sí que mencionan la existencia de un higo *ġa’farī* y que el texto sobre la granada *ġa’farī* se parece mucho al del higo *dunniqāl*. Sobre la legitimidad de las historias de al-Ṭiġnārī volveremos enseguida, pero hay que tener en cuenta una posible explicación que resistiría la navaja de Ockham mejor que ninguna otra: simplemente, al-Ṭiġnārī habría leído un manuscrito deturpado que decía *ġa’farī* en vez de *safarī*. La grafía de ambas palabras es distinta en árabe, pero tampoco tanto.

La siguiente fuente es *al-Madḥal ilā taqwīm al-lisān wa-ta’līm al-bayān*, de Ibn Hišām al-Laḥmī. El interés de su relato es secundario, si dejamos aparte los datos lingüísticos que aporta y que comentaremos más abajo, porque refiere una versión resumida de la historia convencional de Safr. Lo mismo se puede decir de la versión de Ibn Ḥātima, que procede de la obra de Hišām al-Laḥmī a través de un tratado que no ha sobrevivido, *Inšād al-ḍawāl wa-irshād al-su’āl*, de ‘Alī Ibn Hānī al-Laḥmī al-Sabtī (m. 1332) (Colin, 1932: 2). Finalmente, el *Dīkr bilād al-Andalus*, escrito probablemente por un autor magrebí, solo añade a la anécdota convencional que la granada *safarī* también era conocida en el Magreb²³. En realidad, el valor de todas estas

fuentes radica en que confirman que, a partir del siglo xii, tanto el fruto como la historia de Safr son ampliamente conocidos. La versión de Ibn al-‘Awwām antes indicada refleja perfectamente este hecho, mencionando la anécdota de Safr junto a un origen bagdadí, acaso tomado de al-Ṭiġnārī, y un interesante inciso, no recogido por nadie más, que demuestra la tendencia a la exageración de la gente cuando se trata de buscar los orígenes de las cosas: la granada procedería de Medina y la habría plantado el mismo Profeta. El dato más relevante que aporta esta fuente, sin embargo, es la sensata indicación antes mencionada de que esta granada es «la viajera» por excelencia.

2.3. La historia del higo *dunniqāl* frente a las de la granada *safarī*

2.3.1. ¿Una posible influencia bizantina?

Si podemos llegar a admitir que la anécdota de la granada tiene algún fondo de verdad y que muchos andalusíes pensaron que Safr existió, la historia sobre la llegada del higo *dunniqāl* referida por al-Ṭiġnārī requeriría una dosis mayor de fe. El texto sobre este higo que hemos visto más arriba parece ser obra de un auténtico erudito que conoce distintas fuentes históricas y literarias. Contiene elementos comunes a las dos versiones más antiguas de la anécdota de la granada. Conviene destacar la coincidencia en el motivo del hurto de las semillas, que aparece en la historia de *‘Alām Mālaqa*. El robo de las semillas se produce en Bizancio, y este hecho nos traslada a un escenario distinto de al-Andalus o Siria, pero también conocido por los autores árabes en el contexto de otro viaje que se hizo famoso: el que realizó Yaḥyā al-Ġazāl (m. 864) en calidad de embajador de ‘Abd al-Raḥmān II a Constantinopla, cuya principal fuente vuelve a ser Ibn Ḥayyān²⁴. Tal como la cuenta al-Ṭiġnārī, la anécdota de la transmisión furtiva del higo doñegal se parece notablemente a la conocida historia de la aparición de la seda en el imperio bizantino que explican dos historiadores del siglo vi, Procopio de Cesarea, en su *Historia de las guerras*, y Teófanos el Bizantino, en su *Historia* (Muthesius, 1993: 20)²⁵. Las dos narraciones presentan la misma trama: el emperador Justiniano quiere romper el monopolio de la seda que detentan los persas; unos intermediarios (dos monjes, según Procopio, y un persa, según Teófanos) se traen a hurtadillas unos huevos del gusano (de, respectivamente, Serinda y Seres); los intermediarios consiguen incubar los huevos hasta obtener capullos que permiten fabricar seda. A pesar de que no sabemos que ninguna de las dos versiones haya trascendido a fuentes literarias árabes o históricas árabes, no podemos en modo alguno descartar esta posibilidad. Como es bien sabido, existe una relación cultural entre los bizantinos y los árabes desde muy antiguo, que es bidireccional e incluye la transmisión oral y escrita de textos poéticos y narrativos²⁶. Procopio ha sido señalado como una de estas posibles fuentes, y se ha indicado, por ejemplo, que la *Historia de las guerras* contiene el motivo de la montaña magnética que atrae los clavos de las embarcaciones y las desmonta, que aparece en las *Mil y una noches* (Lyons, 1995: 2, 421). Puede haber explicaciones alternativas que indiquen que esta relación sea mera coincidencia, pero, ante las lagunas que presentan las

fuentes, lo único que podemos hacer es acumular estas coincidencias. En la narración de la embajada de Yaḥyā al-Ġazāl de Ibn Ḥayyān aparece de modo destacado el motivo del robo, que ha sido estudiado por Signes Codoñer (2001: esp. 380-383, y 2004: esp. 207): Yaḥyā al-Ġazāl bebe agua en una copa de oro y perlas que, a continuación, se esconde en una de sus anchas mangas para quedársela; el emperador Teófilo, que lo advierte, le afea la conducta, y el andalusí replica que es una costumbre de los califas regalar las copas preciosas (entiéndase, a los embajadores y como manifestación de riqueza y poder); para no quedar mal, Teófilo se la regala²⁷. Signes Codoñer advierte que la anécdota procede de la *Historia de Alejandro* del pseudo-Calístenes, una obra bien conocida entre los árabes desde muy antiguo y que, por transmisión oral, pudo llegar al autor de la historia de Yaḥyā al-Ġazāl y la copa. Si hemos de creer a Ibn Ḥayyān, la fuente única de la sección de su *Muqtabis* que contiene esta anécdota es el historiador cordobés ʿĪsā b. Aḥmad al-Rāzī (m. 989), lo cual la sitúa aproximadamente en la época de la primera historia conocida de la granada *safarī*, la de al-Ḥuṣṣānī. Se trata de otra coincidencia a tener en cuenta, como también otra más: esta época, mediados del siglo x en adelante, es seguramente el tiempo culturalmente más helenizado de la historia de al-Andalus, como demuestra la arquitectura de la mezquita aljama de Córdoba. En esta época, diversos manuscritos viajaron de Bizancio a Córdoba. ʿAbd al-Raḥmān III (r. 912-961) volvió a establecer lazos diplomáticos con el imperio bizantino y, fruto de estas relaciones, Constantino VII envió un ejemplar en griego de la *Materia medica* de Dioscórides, obra que los médicos cordobeses habían solicitado al califa que este pidiera al emperador (Vernet, 1968: 447-448; Samsó, 2011: 111-116). Los médicos cordobeses querían revisar la traducción árabe de la obra, que era deficiente en muchos sentidos. Como no sabían griego, llegó de Constantinopla un clérigo, el monje Nicolás, para ayudar en el cometido. Un poco más adelante, entre los sabios que se encargaban de comparar los textos árabe y griego de la *Materia* se incorporó un siciliano que sabía griego. Pudo haber más. Junto a la *Materia medica*, se pidió a Bizancio las *Historias* de Orosio. Como señala Matesanz (2003 y 2004), es posible que no se tratara de esta obra, o no solo de esta, sino que se enviaran otras crónicas escritas en griego, como la *Historia romana* de Apiano, cuya huella Matesanz señala en la *Crónica del moro Rasis*. Esta última es la traducción castellana a partir de una versión portuguesa de *Aḥbār mulūk al-Andalus*, una crónica escrita por Aḥmad al-Rāzī (m. 955), el padre del historiador que antes hemos visto como fuente principal de la embajada de Yaḥyā al-Ġazāl en el *Muqtabis* de Ibn Ḥayyān. Puede tratarse de simples coincidencias que no explican nada en sí mismas, pero el conjunto da un cierto sentido a una hipótesis plausible: las historias referidas a Yaḥyā al-Ġazāl que tienen un paralelo en fuentes griegas pueden haberse originado en al-Andalus durante la segunda mitad del siglo x, cuando los andalusíes rememoraban por escrito su propio pasado y, por lo tanto, lo reinventaban en buena medida, al tiempo que mantenían un contacto relativamente directo con Bizancio y, en Córdoba, había bizantinos con los que intercambiar anécdotas e historias. Este periodo de intercambio de información escrita y oral pudo

ser relativamente largo, como atestigua una carta supuestamente enviada por un emperador de Bizancio al califa al-Ḥakam II (r. 961-976), en la que se menciona el interés del segundo y de uno de sus cortesanos por un texto presumiblemente esotérico, atribuible a Apolonio de Tiana (Stern, 1961). Yaḥyā al-Ġazāl fue uno de estos personajes polémicos y complejos cuya vida, ciertamente novelesca (Rius, 2012), propició seguramente la fabulación, tanto la de los historiadores que escribían las crónicas como la de los informadores que les suministraban los materiales narrativos. Pudo, por lo tanto, atribuírsele la historia del higo basada en la de los gusanos de Procopio, aunque no es forzosamente necesario que esta última hubiera sido conocida: para fabricar el texto sobre el higo doñegal, las anécdotas del robo del cáliz del pseudo-Calístenes y las de Safr con las granadas suministran suficientes claves a un escritor imaginativo.

2.3.2. La construcción del texto

Existen paralelismos evidentes entre los textos de al-Ṭignarī sobre el higo y la granada que indican que ambos fueron probablemente reescritos por el autor y no meramente copiados. El primero es de carácter narrativo: en al-Ṭignarī, es el emir quien impone el nombre al fruto, tanto al higo como a la granada, mientras que, en las demás fuentes sobre la granada, *safarī* alude de una forma u otra a una denominación popular. El segundo tiene que ver con la similitud de las estructuras de las frases y el léxico empleados por el autor:

granada: *Fa-lamma waṣala ʿilayhi aḥada ḥabbahā wa-ḡarasahu wa-ihtabalahu bihi ḥattā aṭmara; tumma daḥala ʿalayhi fa-istaḡrabahu wa-aḡaba bihi*²⁸.

Cuando llegó [a Rayya], tomó sus semillas, las sembró y cuidó de ellas hasta que dieron fruto. Después, fue a ver [al emir], quien se quedó sorprendido y maravillado.

higo: *Wa-zaraʿahā wa-ihtabala bi-ha wa-lamma aṭmrat dakhala bi-l-tīn ʿalā ṣāḥibi Qurtuba fa-istaḡrabahu wa-aʿlamahu bi-l-ḥilati fī ḡalbihi fa-ṣakara fīlahu wa-saʿala ʿan ismihi*²⁹.

Las sembró y las cuidó y, cuando dieron fruto, fue con los higos al señor de Córdoba y le sorprendió, informándole de su ardid para traerlos. Él apreció su acción y le preguntó cómo se llamaban.

Más interesante resulta la semejanza de ambos pasajes, especialmente el segundo, con el texto de Ibn Ḥayyān traducido más arriba:

*Fa-ālaḡa ʿaḡamahā wa-ihtāla li-ḡarsihā wa-ḡidāʾihā wa-tanqīlihā ḥattā ṭalaʿa ṣāḡaran aṭmara wa-aynaʿa fanazaʿa ilā ʿirqihi wa-aḡraba fī ḡusnihi fa-ḡāa bihi ʿammā qalīl ilā ʿAbd al-Raḥmān (...) fa-saʿala al-amīru ʿanhu fa-arrafahu wa-yha ḥilatihi fa-istabraʿa istinbāta-hu wa-istanbala himmatahu wa-ṣakara ṣanʿa-hu*³⁰.

Manipuló sus semillas y se las arregló para plantarlas, alimentarlas y trasplantarlas hasta que surgió un árbol que dio fruto y maduró. [Safr] los arrancó [los frutos] de cuajo, quedando asombrado ante su belleza, y se dirigió con ellos inmediatamente a presencia de ‘Abd al-Rahmān I (...). El emir le preguntó cómo lo había conseguido y [Safr] le informó del procedimiento que había utilizado para obtenerlas. [El monarca, entonces] admiró su destreza, apreció sus esfuerzos y le dio las gracias por la tarea que había llevado a cabo.

Junto a estos probables elementos de intertextualidad, existe otra coincidencia significativa entre la anécdota del higo narrada por al-Ṭiġnārī y la versión de la historia de la granada transmitida por Ibn ‘Askar e Ibn Ḥamīs en *Alām Mālaqa*, probablemente a partir de Ibn Abī l-Fayyāḍ e Ibn Muzayn, que complementa el motivo narrativo del robo antes visto. En el primer caso, Yaḥyā al-Ġazāl esconde las semillas de higo doñegal «en las jaretas (*šarā’it*) con las que había atado sus libros»; en el segundo, Safr oculta las semillas de la granada en una *sabaniyya*, que, entre otras cosas, es un pedazo de tela que sirve para envolver libros.

2.3.3. *Donno cole*

La historia del higo de al-Ṭiġnārī contiene una parte que no tiene relación aparente con ninguno de los textos que se han revisado anteriormente. Al final del fragmento transcrito más arriba, leemos:

Al-Ġazāl le dijo [al emir]: «No sé su nombre, pero el que los cogía decía cuando me los daba *donno cole*, que quiere decir ‘mi señor mira’. Entonces el Príncipe de los creyentes los llamó doñegales».

La expresión que García Sánchez vierte con habilidad como *donno cole* corresponde a dos palabras que aparecen en el texto original como *dwnh qwly*. No se trata seguramente de una expresión en griego, sino en alguna lengua extraña que no se puede identificar ni con el latín ni con el romance andalusí, aunque parece un híbrido de ambas. Puede haber figurado en las hipotéticas fuentes de al-Ṭiġnārī. Sin embargo, no debe olvidarse que algunos botánicos, como demuestra, por lo menos, la *Umdat al-ṭabīb* de Abū l-Ḥayr, eran capaces de manejar los nombres de los simples en distintos idiomas, incluidos latín y romance. Podemos pensar, en consecuencia, que una frase de este estilo pudo estar al alcance de al-Ṭiġnārī o de alguien de su misma profesión. La reconstrucción de García Sánchez sugiere un significado en un latín precario semejante a «señor, cultiva», donde *cole* sería el imperativo del verbo latino *colo, colere*, cultivar. Esta interpretación tiene mucho sentido, aunque no guarda relación alguna con el «dueño, mira» que da la traducción espuria del propio autor³¹. De esta traducción solo se puede retener la palabra *dueño*, como veremos más abajo. Esta discrepancia no tiene explicación lógica aparente. Podría ser, simplemente, el resultado del sentido del humor del autor del texto, al-Ṭiġnārī o cualquier otro. Si no se trata de esto, hemos de

deducir forzosamente que el autor no entendía el sentido de lo que supuestamente traducía. Ahora bien, independientemente del significado de *dwnh qwly*, esta expresión cumple la misma función que el antropónimo *Safr* en las historias de la granada: explicar el origen de una palabra que el arabófono percibe como extraña a su lengua. El texto de al-Ṭiġnārī sobre el higo, por lo tanto, refleja directamente los textos que nos explican el origen de la granada *safarī*.

En suma, en el fragmento sobre el higo hay tantos artificios lingüísticos y literarios, tantas citas implícitas, autocitas y referencias cruzadas, que parece difícil pensar que no haya sido fabricado *ad hoc*. Teniendo en cuenta, además, las dudas que despierta el texto de la insólita granada *ġafarī* que aparece en la misma fuente, tenemos argumentos sólidos para formular la hipótesis de que la anécdota sobre la introducción del higo *dunniqāl* fue escrita en su forma final por al-Ṭiġnārī a partir de materiales narrativos diversos con el fin de fabricar una leyenda para una fruta apreciada que carecía de ella. Los propósitos que pudo tener el autor son difícilmente discernibles, pero se puede plantear una hipótesis que obedece, a la vez, a la naturaleza de los textos sobre el higo y la granada, la biografía del autor y las circunstancias de la redacción de la obra³². Al-Ṭiġnārī formó parte de un grupo muy coherente de botánicos y geóponos que, durante la segunda mitad del siglo XI, protagonizó la edad de oro de la agronomía andalusí. Algunos de estos autores, en concreto Ibn Wāfid e Ibn Bassāl, que habían sido maestros de al-Ṭiġnārī, fueron los encargados de mantener los jardines de los reyes taifas de Toledo y Sevilla, que pueden ser considerados como parecidos a «jardines botánicos» en el sentido moderno del término. Es posible que al-Ṭiġnārī hubiera trabajado en los jardines de los Banū Ṣumādiḥ, soberanos de la taifa de Almería. Al-Ṭiġnārī vivió el cambio de los reyes taifas por los almorávides, mucho menos inclinados al patrocinio literario, artístico y científico. Su tratado *Zuhrat al-bustān* fue «entregado», es decir, dedicado en cierta manera, al gobernador almorávide de Granada. Parece lógico que este ofrecimiento fuera en realidad una especie de petición de empleo, dirigida en este caso a una dinastía que no se distinguía por su generosidad. Las anécdotas de la granada y el higo transmiten la importancia del favor del poder hacia la agricultura y el cuidado de los jardines, así como la necesidad de que el poderoso esté debidamente asesorado por un experto bajo cuya dirección se puedan ir a buscar especies exóticas, como habían hecho los reyes taifas. Es posible que esta sea la razón principal de la presencia de estas anécdotas. Por lo tanto, importan menos los detalles que el mensaje general. A partir de la historia de Safr y la granada y otros materiales históricos y narrativos, al-Ṭiġnārī pudo escribir la del higo, para reforzar el mensaje. Que la anécdota de la granada sea tan distinta en *Zuhrat al-bustān* al resto de las fuentes puede deberse a dos causas. La primera, pero no evidente, es la ya indicada de la lectura errónea. La segunda, que al-Ṭiġnārī deseara alejar el modelo de la copia a los ojos de un lector que podía conocer la historia de Safr. Si, como plantea Martínez Enamorado, el Ġafar de la historia es Ġafar al-Ṣaqlabī, podemos pensar que el autor está sustituyendo a un personaje de segunda fila por un cortesano que, realmente, tuvo una gran influencia en la

vida política de su tiempo, como también fue el caso de Yaḥyā al-Ġazāl, reforzando así su propia imagen ante el gobernador almorávide de Granada.

3. Las palabras desmitificadas

3.1. Hacia la identificación de la granada *safari*

Si dejamos de lado las fuentes históricas y nos centramos en las botánicas, tanto médicas como geopónicas, parece ser que la primera documentación del higo y la granada son algo tardías. *Safari* y *dunniqāl* no aparecen en las obras agronómicas andalusíes del siglo x y principios del xi: por un lado, el *Calendario de Córdoba* de ‘Arīb ibn Sa‘īd y Rabī ibn Zayd y al-managues afines al mismo; por otro, *Tartīb awqāt al-ġirāsa wal-maġrūsāt*, posiblemente escrito en Córdoba entre finales del siglo x y principios del xi por Ibn Abī l-Ġawwād. Esta ausencia puede ser hasta cierto punto significativa en el caso de la granada *safari*, ya que ambas obras son aproximadamente coetáneas de las primeras apariciones de dicha granada. Las fuentes médicas son en realidad de poca ayuda, ya que normalmente no especifican las variedades locales de los frutos³³. A pesar de esta circunstancia, las menciones más antiguas de la granada *safari* sin la historia de Safr figuran en dos tratados farmacológicos del siglo xi, acaso porque sus autores también fueron brillantes geóponos. El primero es *al-Wisād fī l-ṭibb*, del citado Ibn Wāfid (m. 1074-75), donde se menciona la granada *safari* como ingrediente de un medicamento³⁴. El segundo es el ya citado *‘Umdat al-ṭabīb*, probablemente escrito por Abū l-Ḥayr de Sevilla, que debió ser algunos años más joven que Ibn Wāfid. Este tratado es una de las fuentes más importantes de la botánica y la farmacología del siglo xi andalusí por, entre otras razones, su carácter exhaustivo y el interés del autor por reseñar los nombres de las especies en distintas lenguas. En *‘Umdat al-ṭabīb* se mencionan, aproximadamente, una docena de tipos de granada, clasificadas según los tres tipos de Dioscórides. Entre las dulces, tenemos la siguiente³⁵:

La (granada) dulce tiene variedades como (...) la zafarí grande y pequeña, cuyo fruto no tiene cuescos sino insignificantes, siendo la mejor, más dulce agradable y excelente de las granadas.

A pesar de la pormenorizada entrada sobre el granado y su fruto de la *‘Umdat al-ṭabīb*, todavía faltan algunos datos para identificar con mayor precisión la granada *safari*. El tratado lingüístico (sobre las incorrecciones del habla de la gente) de Ibn Hišām al-Laḥmī, *al-Madḥal ilā taqwīm al-lisān*, nos da una información importante al afirmar que granada *safari* es sinónimo de *malīsī/imlīsī*, ‘lisa’. Esta identificación permite relacionar el fruto con *al-Filāḥa al-nabaṭiyya*, de Ibn Waḥšiyya (m. ca. 935). Aquí se dice que la granada *malīsī* es una granada dulce y, literalmente, ‘sin semillas’³⁶, es decir, se retrata esta granada con las mismas características esenciales que la *‘Umdat al-ṭabīb* asigna a la *safari* y que hemos visto también en la descripción del *Nafḥ al-ṭib* de al-Maqqārī procedente de Ibn

Ḥayyān³⁷. En consecuencia, *al-Filāḥa al-nabaṭiyya* ofrece una base sólida, aunque no definitiva, para sostener la identidad de la granada *safari*/granada *malīsī*, las características diferenciales de esta fruta y, finalmente, su procedencia oriental. *Al-Filāḥa al-nabaṭiyya* es una de las de fuentes agronómicas más importantes del oriente islámico, y su núcleo esencial está formado por las prácticas y los conocimientos agrarios de Mesopotamia, aunque presenta una fuerte influencia de los geóponos bizantinos (Hämeen-Anttila, 2006: 3-78). Se conoció en al-Andalus a mediados del siglo x, ya que es ampliamente citada en el tratado de magia *Ġāyat al-ḥakīm*, probablemente escrito por Maslama ibn Qāsim (m. 964), e influyó de modo significativo en los geóponos andalusíes. Sin embargo, no parece que *al-Filāḥa al-nabaṭiyya* haya sido una fuente sobre la granada *malīsī/safari* para los autores andalusíes. No es este el único punto oscuro relacionado con la *Filāḥa* que necesitaría una investigación específica. La característica «sin semillas» es la que destaca en la descripción de la granada de Plinio³⁸, la «manzana púnica», donde se destaca la variedad *apyrenum*, del griego ἀπύρηνον, ‘sin semillas’: ¿a qué se debe esta coincidencia? A partir de este dato, y a pesar de todo lo que se ha dicho sobre Safr y el viaje de la granada, podemos plantearnos razonablemente que acaso ya existía la granada *safari*, o alguna parecida, en al-Andalus antes de ‘Abd al-Raḥmān I.

3.2. Sobre el higo *dunniqāl*

En contraste con la granada *safari*, sorprende relativamente la escasez de menciones en las fuentes andalusíes al higo doñegal y la total ausencia de explicaciones sobre las virtudes que le conceden su prestigio. Ni al-Ṭiġnārī explica por qué este higo «admiró» a Yaḥyā al-Ġazāl. Claramente, la granada *safari* fue conocida y apreciada por las élites, aunque solo fuera por su leyenda, mientras que el higo *dunniqāl* debió permanecer en un ámbito más popular o, en todo caso, no tan arabizado; probablemente, ya estaba en la península ibérica cuando llegaron los musulmanes. El nombre de este higo apunta en este sentido. Existe un amplio y antiguo consenso en que *dunniqāl* nace de un posible *doñiqāl* del romance andalusí, procedente, a su vez, del latín *dominicalis* (Corriente, 2008, s. v. *doñegal*), que significaría ‘relativo al dueño’. Tal como explica, a principios del siglo xvii, Francisco del Rosal en *Origen y etimología de todos los vocablos originales de la Lengua Castellana* (consultado en NTLLE; cf. Veny, 1981: 42-43), se trataría de un higo tan bueno que es «digno de un señor». La mención más antigua del término en árabe que he podido documentar aparece en la *‘Umdat al-ṭabīb* de Abū l-Ḥayr, donde reviste distintas formas y también se aplica a una variedad de pera. Si seguimos la edición de al-Ḥaṭṭābī (cf. 1, 121 y 139), tenemos *zunqāl* referido al higo, y *dunqāl*, a la pera, respectivamente. Ambos adjetivos se transcriben como *dunqāl* en la edición de Bustamante, Corriente y Tilmantine (núms. 1149 y 2556, respectivamente). *Zunqāl*, cuya letra inicial parece ser un error de copista, indica que *dunqāl/dunniqāl* puede haberse realizado como *dunqāl/dunniqāl*, tal y como atestigua también el texto de al-Ṭiġnārī visto más arriba. Esta alternativa se explica por la relativización de la oposición fonémica entre /d/ y /d/ en árabe andalusí (Corriente, 2013: 15).

Existe otra forma en una fuente árabe, *dīqāl*, que aparece en Ibn al-‘Awwām³⁹, pero se trata claramente de un error de copista debido a la semejanza de los grafemas árabes *nūn* y *yā’*.

3.3. Granadas, higos, naranjas y uvas: las palabras y sus transformaciones

A lo largo del presente estudio, se han mencionado ya algunos casos de transformación de las palabras *safarī* y *dunniqāl*. La popularidad de estas dos frutas se traduce en un buen número de palabras en las hablas peninsulares, especialmente en el andaluz, que deben ser revisadas para conocer mejor el significado de los términos, tanto durante el dominio del islam como después del mismo. *Dunniqāl* es un término relativamente estable que normalmente designa una variedad de higo y, excepcionalmente, de pera. Como hemos visto, pasa al castellano como *doñigal* o *doñegal*, solo en relación con el higo, y existen además otras palabras derivadas. Entre ellas, hay que destacar *boñigar/boñigal* y *moñical* (Corriente, 2008, s. v. *doñegal*) porque sugieren unas mutaciones curiosas —e incluso paradójicas— de significantes y significados. No podemos abordar esta cuestión por falta de datos objetivos, pero conviene precisar que la transformación del significado ‘señor’ al de ‘boñiga’ no puede documentarse en las fuentes árabes conocidas ni siquiera de forma remota e indirecta.

El caso de *safarī* es mucho más complejo. En las fuentes árabes se mantiene relativamente estable en signifiante y significado, calificando siempre a una granada.

La descripción antes vista de la granada *safarī* como aquella que destaca por su dulzura y por la suavidad de sus semillas se mantiene en el tiempo, y reaparece a principios del siglo xvii en uno de los léxicos más antiguos del castellano, el *Thresor des deux langues françoise et espagnolle* de César Oudin (Mondéjar, 1993: 445; cf. NTLLE). Oudin define *çafarī* como «une espece de pomme de grenade, qui est douce et n’ a pas tant de grains que les ordinaires». El salto del siglo xi, época de las descripciones de Ibn Ḥayyān y Abū l-Ḥayr, al xvii no tiene, de momento, explicación, aunque parece haber un jalón intermedio. Nebrija, en el *Vocabulario español-latino* de 1495, traduce *çafarī* como *apirinum* (Mondéjar, 1993: 457; cf. NTLLE). Es decir, Nebrija conoce que la granada *safarī* «no tiene semillas» y, como buen humanista, la traduce utilizando el mismo nombre que Plinio, posiblemente de modo consciente. Su solución tendrá éxito, como puede verse en el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias (*apirinum*, s. v. *çafarī*; cf. NTLLE) y en el citado *Origen y etimología* de Francisco del Rosal (s. v. *çafarī* y *zafarī*; cf. NTLLE), donde se indica explícitamente que *zafarī* es la traducción árabe del griego *apyrina*. Ninguno de ellos, sin embargo, menciona la dulzura. Curiosamente, los testimonios orales sobre la granada *zafarī* recogidos contemporáneamente en la Andalucía occidental también destacan la cualidad de unas semillas que se notan poco en el paladar: «Que son más tiernas [las granadas *zafarīes*], y mejores... el grano más gordo, blanco, es un grano blancote... así blanquillo, pero un grano más gordo, y el hueso es menos duro, y está más tierno. (...) Se ponen [las semillas] así gordas, muy *reblanquíás*, no se ponen coloradas, coloradas» (Ibancos Núñez y Rodríguez

Franco, 2010: 810).

La granada *safarī* se describe normalmente en las fuentes castellanas y portuguesas sin mencionar la calidad de sus semillas. En la *Sevillana medicina* de Juan de Aviñón, escrita en 1389 y, por lo tanto, la fuente no árabe más antigua, las granadas *çafarīes* son las que «tienen la corteza delgada y el grano blanco y sabroso» (Mondéjar, 1993: 445). Aunque no mencione las semillas, Juan de Aviñón coincide también con los agricultores onubenses contemporáneos. A partir del siglo xviii, figura en un buen número de diccionarios de la lengua castellana y portuguesa la descripción de la granada *zafarī/romãa safaria* como aquella que tiene los granos cuadrados (Mondéjar, 1993, 445; Carabaza, García Sánchez, Hernández y Jiménez, 2004: 285).

Uno de los problemas más complejos que plantea *safarī* es la proliferación de palabras derivadas que se aplican a frutas distintas a la granada en un buen número de fuentes no árabes:

1. Higo:

zafarī/zajarī/saharī/sajarī (?): Mondéjar (1993: 442-444, 457, 460; cf. en pp. 443 y 458-9), el diminutivo *zaharillo*, variante de *higo azaharillo*, y por lo tanto, de etimología distinta (Corriente, Pereira y Vicente, 2019, s. v. *azahar*).

2. Naranja amarga o agridulce:

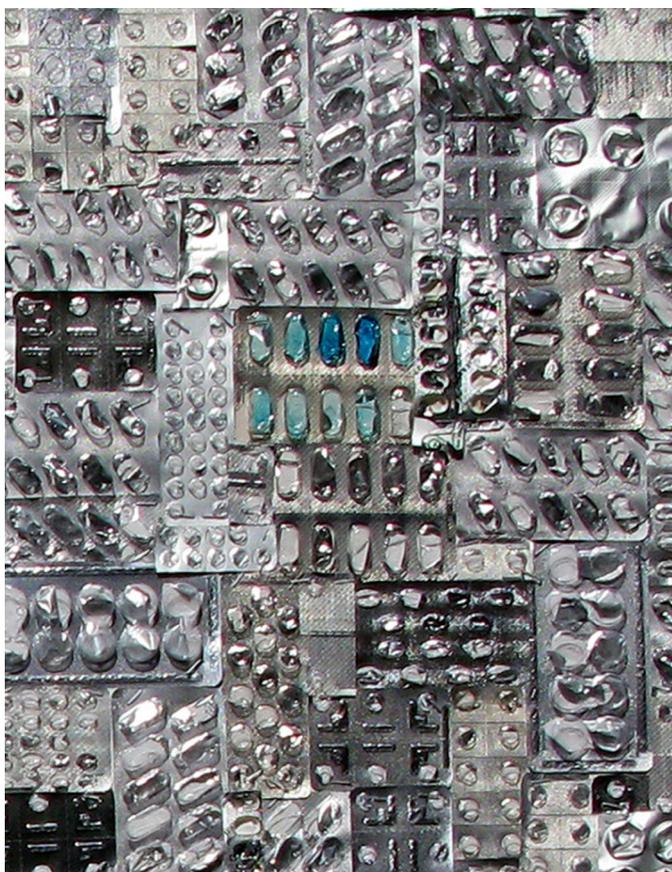
zajarī/zaharī: Mondéjar (1993: 447-8), Corriente, Pereira y Vicente (2019), s. v. *safaria*.

3. Uva:

sajarī: Corriente, Pereira y Vicente (2019), s. v. *safaria*.

El factor común de la mayoría de estas asociaciones es la dulzura, que se indica casi sistemáticamente en el caso del higo. Parece, pues, que se produjo una identificación de *safarī* con *dulzura*, aunque esta explicación dista mucho de ser definitiva y aplicable a todos los casos. Puede ser, además, que acaso se entendió en algún momento de la historia que estas frutas también habían «viajado»⁴⁰.

Un nivel superior de complejidad se alcanza cuando planteamos la posible relación entre la granada *safarī* y la palabra *xaharī/jaharī*. Esta designa una variedad de higo y se documenta por primera vez en árabe en la *Umdat al-ṭabīb* de Abū l-Ḥayr (ed. Bustamante, Corriente y Tilmantine, n.º 2151) y, en castellano, en la *Sevillana medicina* de Juan de Aviñón (p. 72). Su origen puede ser tanto un *ğafarī* derivado del nombre propio Ġa’far, como un *ša’rī* derivado del nombre de la jara, *ša’rā’* en árabe clásico, *šā’ra* en árabe andalusí (Corriente, Pereira y Vicente, 2019, s. v. (en)xara y jaharī). Sin embargo, *Umdat al-ṭabīb* (ed. Bustamante, Corriente y Tilmantine, n.º 2151) menciona los higos *ša’arī* y *ğafarī* como dos variedades distintas, lo cual parece plantear dudas sobre la identificación *ša’arī*, *ğafarī*, *xaharī/jaharī*. En relación con la granada, ya hemos visto que al-Ṭignārī menciona una granada *ğafarī* en vez de la *safarī* en un texto que despierta todo tipo de sospechas. Ibn al-‘Awwām arroja, si cabe, más oscuridad. Al mencionar la historia de la llegada de la granada *safarī*⁴¹, se refiere a granada *ša’arī*, ‘velluda’. Esta referencia puede deberse simplemente a una confusión de escribas debido a la alta semejanza gráfica de ambas palabras



s. v. *xaharī*), aunque la única razón de esta etimología sea la similitud de *xaharī* con un hipotético *šaharī* derivado de *šahr*, ‘mes’. El padre Guadix pone en cuestión la historia de Safr repetidamente citada. Basándose en la similitud de *zafarī* con ‘amarillo’, en árabe, *ašfar*, deriva *šafarī* de *šafra*, ‘amarilla’, posiblemente refiriéndose a *šafra*, femenino de *ašfar* (*Diccionario de arabismos*, s. v. *šafarī*). A pesar de que a ningún otro etimólogo con buen criterio se le ha ocurrido esta asociación, no podemos por menos que terminar señalando que no sería teóricamente imposible. Dado que en árabe andalusí la oposición en entre /š/ y /s/ desaparece (Corriente, 2013: 25-26), podemos entender que *safarī* podría ser un *šafarī*, entendido como ‘amarillento’, lo cual no sería forzosamente insólito en árabe clásico técnico, donde *šafar* quiere decir ‘ictérica’; además, en los diccionarios también aparece un *šafār* que significa ‘amarillo’ (Dozy, 1881: 1, 835). A mayor abundamiento, ya hemos visto que la granada *safarī* era descrita como blanca, es decir, blancuzca y, quizá de ahí, amarillenta; y, en el Marruecos contemporáneo, coexiste una «granada amarilla» con la granada *sefri* (Haddioui, 2012). Podríamos seguir. Esta digresión final sobre las etimologías del padre Guadix solo sirve para ilustrar cuánto desconocemos, a pesar de poseer una cantidad de información no desdeñable, y cuántas dificultades plantea el estudio de las especies vegetales en los textos árabes medievales.

4. Conclusiones

Zafarī y *doñegal* son, más que variedades de frutas o frutales, símbolos. Representan el triunfo de una agricultura y una botánica que los andalusíes desarrollaron con un éxito que alcanza nuestros días porque, entre otras razones, seguimos comiendo estas frutas y beneficiándonos de sus posibles propiedades curativas. Las historias de su introducción en al-Andalus se pueden analizar e interpretar de modos muy distintos con resultados variados y desiguales, pero hay una conclusión que es inevitable. Existía una conciencia entre los andalusíes de que se habían introducido nuevas especies y cultivos, algunos de los cuales habían pasado por un proceso de aclimatación; que esta introducción había supuesto un avance para la agricultura y, secundariamente, la medicina; finalmente, que la introducción de nuevas especies y variedades había sido el resultado de la acción conjunta de los «expertos» y del poder, que debía ser fomentada. No cabe duda de que tanto la granada *zafarī* como el higo *doñegal* eran variedades especialmente apreciadas. Pero eran solamente dos entre las muchas que tenían dos especies especialmente populares: la *Umdat al-ṭabīb* de Abū l-Ḥayr menciona más de cuarenta variedades de higo y cerca de una docena de granada. La determinación precisa de estas variedades necesita un estudio etimológico y lexicográfico de los rastros que sus nombres han dejado en las fuentes, más un estudio de su rastro en la práctica consuetudinaria de carácter botánico y, también, etnológico. No cabe duda, en este sentido, una exploración a varios niveles en el mundo de la agricultura magrebí sería muy útil para el conocimiento más preciso de las fuentes antiguas, que podría redundar asimismo en el de otras variedades. Los

(Samsó, 1981-82: 138, n. 3). Sin embargo, unas pocas líneas más arriba, Ibn al-‘Awwām empieza la lista de granadas que conoce mencionando la granada *imlīsī* y la *šarī*⁴², es decir, la ‘lisa’ y la ‘velluda’. Esta oposición tiene sentido lingüístico, y sugiere la existencia de una variedad de granada *šarī* distinta de la *imlīsī/malīsī/safarī*. Ahora bien, no parece que la granada *šarī* aparezca en otra fuente. Por otra parte, ¿qué sentido tiene el adjetivo *velludo* en una fruta que destaca precisamente por tener una corteza sin un recubrimiento que sugiera ni tan solo una superficie aterciopelada?⁴³ ¿Acaso se han equivocado los escribas y, simplemente, Ibn al-‘Awwām quiere decir que la granada *imlīsī* y la *safarī* son la misma cosa, como hemos visto más arriba? ¿Qué significan, realmente, *zafarī* y *jaharī* y las demás palabras asociadas a la misma?

Podemos plantearnos alternativas, pero no son suficientemente esclarecedoras. El adjetivo *šarī/šarī*, con el significado de ‘velludo’, designa, con cierta lógica, no solo una variedad de higo, sino también de melocotón, y aparece en el nombre de otras especies vegetales (Dozy, 1881: 1, 763). Sin embargo, este mismo adjetivo, aunque solo está documentado en la forma *šarī*, significa en árabe andalusí ‘salvaje’, ‘que se encuentra en el bosque’ (Dozy, 1881: 1, 763; Corriente, 1997: 283). Tiene cierta lógica que *šarī* pueda haber sido usado para caracterizar a un tipo de granado silvestre, a pesar de que el término usual en este caso sea *barrī*. Las posibilidades no terminan ahí, aunque su probabilidad de responder a una cierta realidad sea cada vez menor. Diego de Guadix (m. 1615), en su tratado sobre arabismos, muestra dos ejemplos de creatividad. El autor habla de un higo *xaharī* que es un «higo mensino» porque madura o se cosecha en un mes (Diego de Guadix, *Diccionario de arabismos*,

trabajos que, según me indica Virgilio Martínez Enamorado, ha emprendido Jacinto Esteban Hernández Bermejo junto con otros investigadores sobre el ADN de las especies de granada de varios lugares de Andalucía, incluida Casarabonela, serán una ayuda inestimable⁴⁴.

Notas

1. Este artículo se ha realizado dentro del proyecto FF12017-88569-P, «Ciencia y sociedad en el Mediterráneo Occidental: el *Calendario de Córdoba* y sus tradiciones», Ministerio de Economía, Industria y Competitividad. Agradezco profundamente los comentarios y sugerencias de Julio Samsó, Alejandra Guzmán, Theo Loinaz, Virgilio Martínez Enamorado, Expiración García Sánchez y dos evaluadores anónimos.
 2. Cf. por ejemplo, Ibanco Núñez y Rodríguez Franco (2010: 743 y ss.) para la granada e higo zafaríes y el higo doñegal en Andalucía Occidental; y Haddioui (2012) para la granada *sefri* en Marruecos.
 3. Existe un amplio consenso en la bibliografía secundaria sobre la forma *safarī* como equivalente de *z(ç)afarī*. El equivalente árabe de *doñegal* es más complejo. La cuestión se tratará más abajo, pero adoptaré en este artículo la forma *dunniqāl* por su proximidad a *doñegal* (cf. Carabaza, García Sánchez, Hernández y Jiménez, 2004: 91 y 93) y, especialmente, al *donneqāl* del romance andalusí (cf. Abū l-Ḥayr, *Umdat al-ṭabīb*, ed. Bustamante, Corriente y Tilmantine, vol. 3, tomo 2, p. 957). Para facilitar la consulta de esta compleja edición, se citará en adelante solo el número de la especie.
 4. Sobre ambas variedades en el contexto de sus respectivas especies, cf. las secciones basadas fundamentalmente en las fuentes geopónicas andalusíes de Carabaza, García Sánchez, Hernández y Jiménez (2004: 277-286 y 89-97); cf. asimismo López López, en el estudio de su edición del anónimo *Tartīb awqāt al-ġirāsa wa-l-maġrūsāt*, 266-268 y 294-296.
 5. La granada *safarī* se ofrece a ‘Abd al-Raḥmān I y, por lo tanto, los hechos relatados ocurren en teoría durante la segunda mitad del siglo VIII; su primera documentación es de mediados del x; el higo *dunniqāl* se regala a ‘Abd al-Raḥmān II, teóricamente durante la primera mitad del ix, y su primera documentación es de finales del xi aproximadamente.
 6. Las fuentes conocidas se ordenan a continuación por orden de fecha de fallecimiento del autor:
 - a) al-Ḥuṣānī (m. 971), *Quḍāt Qurṭuba*, 53; *Aḥbār al-fuqahā’ wa-l-muḥadittīn*, 185, con un texto idéntico.
 - b) al-Ṭiġnārī (fl. finales del xi a principios del xii), *Zuhrat al-bustān*, 143-144.
 - c) Ibn Hišām al-Laḥmī (m. 1174 o 1181), *al-Madkhal ilā taqwīm al-lisān*, 2, 216-217.
 - d) Ibn al-‘Awwām (fl. ca. segunda mitad del s. xii), *Kitāb al-Filāḥa*, 1, 273-274.
 - e) Ibn ‘Askar (m. 1239) e Ibn Ḥamīs (m. d. 1241), *Alām Mālaqa*, 350.
 - f) Šams al-Dīn al-Ḍahabī (m. 1348), *Siyar a’lām al-nubalā’*, 8, 246-247.
 - g) Ibn Ḥātima (m. 1369), *Īrād al-la’āl*, 27-28.
 - h) Anónimo, *Dīkr bilād al-Andalus* (ca. segunda mitad del xiv o principios del xv), 117/trad. 124-125.
 - i) Al-Maqqarī (m.1632), *Nafḥ al-ṭīb*, 1, 466-468.
- Esta lista no pretende ser exhaustiva. Su orden no coincide exactamente con la antigüedad de las fuentes, explícitas o implícitas, seguras o probables, de las que los autores extraen su información. Según este criterio, el orden cronológico aproximado debería ser el siguiente: 1, 5, 9, 2, 3, 4, 6, 7, 8. Los textos de 1 y 6 están traducidos en Fierro (1988, 315 y 317). Los de 3 y 9 están traducidos en Samsó (1981-1982). Los de 4 y 8 aparecen traducidos en sus respectivas ediciones. 2 y 5 se traducirán más adelante. 7 no se traduce porque no aporta ninguna novedad significativa. En lo sucesivo, cuando aparezca alguno de estos textos, su cita se entenderá referida a la presente nota.
7. La región de Málaga.
 8. Al-Maqqarī, *Nafḥ al-ṭīb*, I, 467.
 9. Al-Ṭiġnārī, *Zuhrat al-Bustān*, 177-178.
 10. La palabra que aparece es, sin vocalizar, *dwnqāl*.
 11. Todos ellos se basan en Dozy (1881, I, 559); cf. n. 19 *infra*.
 12. PUA, n.º 10963; HATA, II (hadiz), n.º 2 *passim*; cf. Fierro (1988).
 13. Los tres primeros versos aparecen en la antología de Ibn al-Kattānī, *al-Tašbihāt*, 85. Esta sería la segunda documentación más antigua del poema, ya que el cordobés Ibn al-Kattānī murió en 1029. Sin embargo, no aparece aquí el verso referido a Safr. El poema completo se halla en Ibn ‘Askar - Ibn Ḥamīs, *Alām Mālaqa*, 350 y al-Maqqarī, *Nafḥ al-ṭīb*, I, 468. Cf. la traducción de este verso en Pérès (1983: 195, n. 80), en la que me baso. El poema fue escrito para agradecer el regalo de unas granadas zafaríes. Es, en consecuencia, un reconocimiento del aprecio de los cordobeses del siglo x por esta granada.
 14. Modifiqué el texto de acuerdo con Martínez Enamorado (2003a: 68); sin embargo, aparece Córdoba en vez de Cártama tanto en la edición de Targī en la que me baso, como en la de Ş. Ỗarrār (Amman, 1998, 376, citada en Martínez Enamorado, 2003a: 68, n. 27). El cambio tiene sentido filológico y, sobre todo, geográfico: dado que el texto de al-Maqqarī nos dice que Safr se llevó la granada a su alquería en la cora de Rayya, no tendría sentido que estuviera cercana a Córdoba; la indicación siguiente, «en el camino de Córdoba», abunda en el mismo sentido.
 15. Se trata de una pieza de tela de unas ciertas dimensiones que puede servir como pañuelo, fular o bien como hatillo para envolver ropa o libros.
 16. Traducción basada en la de Fierro antes indicada, aunque completada y puntualmente modificada.
 17. Que, en este caso, serían al-Ḥuṣānī, su informador Ibn al-Ayman, y las fuentes a las que este último alude indirectamente.

18. En la bibliografía secundaria no árabe el nombre aparece como *Safr* y *Safar*. Dado que nos basamos en fuentes árabes no vocalizadas o de vocalización dudosa, es difícil decir cuál debería ser la lectura más adecuada. Una base objetiva para preferir *Safr* son las exigencias del metro del poema de Ibn Farağ (*mutaqārib*), que implican en principio esta vocalización. Sin embargo, *Safar* sería más conveniente para justificar el adjetivo atributivo *safarī* y, en consecuencia, el arabismo *zafarī/çafarī* y sus afines. Sin embargo, la formación de los adjetivos atributivos en árabe es compleja. Véase, en este sentido, Corriente, Pereira y Vicente (2019, s. v. *safaria*), que indica un posible adjetivo del árabe andalusí *saf(a)rī* procedente del antropónimo *Safr* como étimo de *zafarī* y palabras afines. En este artículo se usará *Safr* sistemáticamente para referirnos al protagonista de la anécdota de la granada.
19. PUA n.º 9086. Esta «prosopografía en línea» garantiza, hasta donde ello es posible, que no conocemos otro andalusí que tenga por nombre *Safr* o *Safar*. He buscado infructuosamente este nombre en numerosos repertorios biográficos y bibliográficos árabes generales.
20. Ibn al-Abbār, *Tuhfat al-qādim*, 147, n.º 66.
21. Ibn al-‘Awwām, *K. al-Filāḥa*, I, 274. Dozy (1881, I, 559), s. v. *rummān*, registra este posible origen aunque lo cree menos probable que la teoría de *Safr*.
22. al-Ṭiğnarī, *Zuhrat al-Bustān*, 143-144.
23. Cf. además, Abū l-Qāsim al-Ġasānī (1548-1610), *Ḥadiqat al-azhār fī māhiyyat al-uṣb wa-l-‘uqqār*, 253. Este médico marroquí dice que la granada *safarī* es la única que se conoce en Marraquech, y que, entre las granadas de Fez, hay una especie llamada *sufri* (vocalización del editor).
24. Ibn Ḥayyān, *al-Muqtabis min anba’ ahl al-Andalus*, 350 ss.; trad. Makki y Corriente (2001: 228 ss.). En este novelesco capítulo no figura la importación subrepticia del higo. Para otras referencias sobre el viaje, cf. Rius (2012).
25. Esta similitud ya había sido advertida por Vernet (1999: 52).
26. Véase una útil aproximación al tema en Signes Codonner (2014).
27. Ibn Ḥayyān, *al-Muqtabis min anba’ ahl al-Andalus*, 365; trad. Makkī y Corriente (2001: 239).
28. Al-Ṭiğnarī, *Zuhrat al-bustān*, 144: 3-4.
29. Al-Ṭiğnarī, *Zuhrat al-bustān*, 178: 3-5.
30. Al-Maqqarī, *Nafh al-ṭīb*, I, 468: 4-5.
31. Que estas dos palabras no fueron entendidas por la posteridad puede verse en la explicación de las mismas que aparece en un resumen de la *Zuhrat al-bustān*: «Saboréala, oh, señor mío, no hay otra más dulce»; cf. al-Ṭiğnarī, *Zuhrat al-bustān*, 178, n. 1231. Lo mismo puede decirse de la frase final del texto de al-Ṭiğnarī, objeto del presente análisis. En la trad. de García Sánchez leemos «Entonces el Príncipe de los creyentes los llamó *doñegales*». En la ed. de *Nuzhat al-bustān* realizada por García Sánchez, el texto árabe puede transliterarse como: *fa-sammahu amīru l-mu’minīna bi-ḍunniqāl*. Sin embargo, en una versión del mismo pasaje editada por García Gómez (1945: 134), la última pala-
- bra aparece como una expresión compuesta de *ḍū* más un sustantivo de la raíz *naqala* (‘transportar’) determinado por artículo, que podría ser *al-naqqāl* o *al-niqāl*. En el primer caso, tendríamos un *ḍū n-naqqāl*, ‘dotado de transportista’ (Rius, 2012: 407); en el segundo, un *ḍū n-niqāl* que funcionaría mejor como étimo de *doñegal* pero tendría un sentido más forzado (‘dotado de transporte mutuo’, de ‘galope’, etc.). Estas lecturas indicarían, en cualquier caso, que algunos escribas entendieron que la palabra expresaba de alguna manera que el higo había sido llevado a al-Andalus.
32. Sigo en estos dos últimos extremos a García Sánchez 1994 y 2012.
33. Para el caso de la granada, cf. Loinaz (2011: 93, n. 50): las fuentes médicas siguen por lo general a Dioscórides y suelen hablar de tres clases de granada: la dulce, la ácida y la agridulce; sin embargo, es todavía más habitual que solo mencionen la dulce y la ácida siguiendo a Galeno. Sobre las fuentes farmacológicas andalusíes y su interrelación, véase Álvarez Millán (2014).
34. Ibn Wāfid, *al-Wisād fī l-ṭibb*, 82, trad. 88, receta v1.3.
35. Abū l-Ḥayr, *Umdat al-ṭabīb*, ed. y trad. (reproducida aquí) Bustamante, Corriente y Tilmantine, n.º 2151.
36. Ibn Waḥṣiyya, *al-Filāḥa al-nabaṭiyya*, 2, 1168: 10. Debemos entender, de acuerdo con las otras descripciones, que las semillas son tan pequeñas y suaves que apenas se notan en el paladar.
37. Al-Maqqarī, *Nafh al-ṭīb*, 1, 467: 14.
38. Plinio, *Historia natural*, 13. 112.
39. Ibn al-‘Awwām, *K. al-Filāḥa*, I, 273: 20.
40. Esta misma idea se apunta en el caso del higo zafarī en Carabaza, García Sánchez, Hernández y Jiménez (2004: 283).
41. Ibn al-‘Awwām, *K. al-Filāḥa*, I, 93 y 95.
42. Ibn al-‘Awwām, *K. al-Filāḥa*, I, 273: 13.
43. Se puede interpretar, no obstante, que este «pelo» serían los restos de la flor previa al fruto que coronan el mismo. Entiendo que el concepto «granada lisa» debe aludir a un tipo de granada de superficie no rugosa o, incluso, de superficie regular.
44. Un avance de estos estudios fue dado a conocer en el póster «Arqueología de la agrodiversidad en *Punica granatum* L. mediante técnicas moleculares», de J. Esteban Hernández Bermejo, Enriqueta Martín-Consuegra Fernández, Marta Hernández Clemente y Expiración García-Sánchez, que fue presentado en el VI Congreso de Biología de la Conservación de Plantas (Murcia, 15-18 de octubre de 2013). Agradezco a los doctores García Sánchez y Hernández Bermejo la consulta del mismo.

Referencias bibliográficas

Bibliografía primaria árabe

Abulḥayr al-‘Iṣbīlī (2004-2010): *Kitābu ‘Umdati ṭṭabīb fī ma’rifati nnaḥāt likulli labīb* (*Libro base del médico para el conocimiento de la botánica por todo experto*). Edición, tra-

- ducción castellana, notas, correcciones e índices Joaquín Bustamante, Federico Corriente *et al.*, 3 volúmenes en 4 tomos. Madrid: CSIC.
- Abū l-Qāsīm al-Ġasānī (1985): *Ḥadiqat al-azhār fī māhiyyat al-ušb wa-l-uqqār*. Ed. Muḥammad al-ʿArabī al-Ḥaṭṭābī. Beirut: Dār al-Ġarb al-Islāmī.
- ʿArīb ibn Saʿīd y Rabī ibn Zayd (1961): *Le Calendrier de Cordoue publié par R. Dozy*. Ed. Carles Pellat. Leiden: Brill.
- al-Ḍahabī: *Siyar aʿlām al-nubalāʾ* (1981-88): Ed. Šuʿayb al-Atnaʿūṭ. Beirut: Muʿassasat al-Risāla (25 vols.).
- Dikr bilād al-Andalus* (1983): Ed. y trad. Luis Molina. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, (2 vols.).
- al-Ḥuṣṣānī (1989): *Quḍāt Qurṭuba*. Ed. Ibrahīm al-Abyārī. El Cairo – Beirut: Dār al-Kitāb al-Miṣri wa-l-Lubnānī.
- *Aḥbār al-fuqahāʾ wa-l-muḥadittīn* (1992): Ed. M.^a Luisa Ávila y Luis Molina. Madrid: CSIC.
- Ibn al-Abbār (1986): *Tuḥfat al-qādim*. Ed. Iḥsān ʿAbbās. Beirut: Dār al-Ġarb al-Islāmī.
- Ibn ʿAskar e Ibn Ḥamīs (1999): *Alām Mālaqa*. Ed. ʿA. A. al-Tarġī, Beirut – Rabat: Dār al-Ġarb al-Islāmī-Dār al-ʿĀmān.
- Ibn al-ʿAwwām (1988): *Kitab al-Filāḥa*. Ed. Josef Antonio Banqueri. Madrid: Imprenta Real, 1802 (2 vols.). Facsímil con estudio preliminar y notas de Expiración García Sánchez y J. Esteban Hernández Bermejo. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- Ibn Ḥātima (1932): *Irād al-laʾāl*. Cf. Colin.
- Ibn Ḥayyān (2003): *al-Muqtabis min anbāʾ ahl al-Andalus* [volumen 2, primera parte]. Ed. Maḥmūd ʿAlī Makkī. Riyad: Markaz al-Malik Fayṣal li-l-Buḥūṭ wa-l-Dirasāt al-Islāmiyya.
- Ibn Hišām al-Laḥmī (1990): *al-Madḥal ilā taqwīm al-lisān wa-taʿlīm al-bayān*. Ed. y trad. José Pérez Lázaro. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas (2 vols.).
- Ibn al-Kattānī (1966): *al-Tashbihāt min ašʿār ahl al-Andalus*. Ed. Iḥsān ʿAbbās. Beirut: Dār al-Ṭaqāfa.
- Ibn Wāfid (2006): *Kitāb al-Wisād fī l-ṭibb*. Ed. y trad. Camilo Álvarez de Morales. Toledo: Diputación Provincial.
- Ibn Waḥšiyya (1992-1998): *al-Filāḥa al-nabaṭiyya*. Ed. Toufiq Fahd. Damasco: Institut français de Damas (2 vols.).
- Al-Maqqarī (1968): *Nafḥ al-ṭib min guṣn al-Andalus al-raṭīb*. Ed. Iḥsān ʿAbbās. Beirut: Dār Sādir (8 vols.).
- Tartīb awqāt al-ġirāsa wa-l-maġrūsāt* (1990). Ed. Angel C. López López. Granada: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- al-Ṭiġnārī (2006): *Zuhrat al-bustān wa-nuzhat al-aḍḥān*. Ed. Expiración García Sánchez. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Fuentes primarias no árabes

- Aviñón, Juan de (1835): *Sevillana medicina*. Sevilla: Imprenta de Enrique Rasco.
- Covarrubias, Sebastián de (1611): *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid: Luis Sánchez.
- Guadix, Diego de (2007): *Diccionario de arabismos: recopilación*

- de algunos nombres árabigos*. Ed. M.^a Águeda Moreno. Jaén: Universidad de Jaén.
- Nebrija, Juan de (1951): *Vocabulario español-latino*. Salamanca, ca. 1495. Ed. facsímil Real Academia Española: Madrid.
- Oudin, César (1607): *Thresor des deux langues françoise et espagnolle*. París: Marc Orry.
- Rosal, Francisco del (s. a.): *Origen y etimología de todos los vocablos originales de la Lengua Castellana*: Manuscrito 6929 de la Biblioteca Nacional de España, Madrid.

Bibliografía secundaria

- Álvarez Millán, Cristina (2014): «The Historical, Scientific and Literary Contexts of al-Ghafiqi's Herbal», en F. Jamil Ragep y Faith Wallis (eds.): *The Herbal of al-Ghafiqi*. Montreal y Kingston, Londres, Ithaca: McGill-Queen's University Press, pp. 51-71.
- Carabaza Bravo, Julia M.^a, Expiración García Sánchez, J. Esteban Hernández Bermejo y Alfonso Jiménez (2004): *Árboles y arbustos en al-Andalus*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Colin, Georges S. (1931): «Un document nouveau sur l'arabe dialectal d'Occident au XIIe siècle», *Hespéris*, 12: 1-32.
- Corominas, Joan y José Luis Pascual (1980-1991): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid: Gredos (6 vols.).
- Corriente, Federico (1999): *Diccionario de arabismos y voces afines en iberorromance*. Madrid: Gredos.
- (2008): *Dictionary of Arabic and Allied Loanwords: Spanish, Portuguese, Catalan, Galician and kindred dialects*. Leiden-Boston: Brill.
- (2013): *A Descriptive and Comparative Grammar of Andalusí Arabic*. Leiden – Boston: Brill.
- Corriente, Federico, Christophe Pereira y Ángeles Vicente (2019): *Dictionnaire des emprunts ibéro-romans: emprunts à l'arabe et aux langues du monde islamique*. Berlín – Boston: De Gruyter.
- Dozy, Reinhart P. A. (1881): *Supplément aux dictionnaires arabes*. Leiden: Brill (2 vols.).
- Fierro, Maribel (1988): «Muʿāwiya b. Šāliḥ al-Ḥaḍramī al-Ḥimṣī: historia y leyenda», en Manuela Marín (ed.): *Estudios onomástico-biográficos de al-Andalus I*. Madrid: CSIC, pp. 281-411.
- García Sánchez, Expiración (1994): «El Botánico Anónimo sevillano y su relación con la escuela agronómica andalusí», en E. García Sánchez (ed.): *Ciencias de la naturaleza en Al-Andalus. Textos y estudios III*. Granada: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 193-210.
- (1995): «Cultivos asociados a la caña de azúcar en al-Andalus», en Antonio Malpica (ed.): *Actas del V Seminario Internacional de la caña de azúcar: Paisajes del azúcar*. Granada: Diputación de Granada, pp. 41-68.
- (2012): «Al-Ṭiġnārī, Abū ʿAbd Allāh», en Jorge Lirola Delgado (ed.): *Biblioteca de al-Andalus 7*. Armería: Fundación Ibn Tufayl de Estudios Árabes, pp. 454-459.

- Haddioui, A. (2012): «La culture du grenadier (*Punica granatum* L.) au Maroc», en P. Melgarejo y D. Valero (eds.): *II International Symposium on the Pomegranate*. Zaragoza: CIHEAM-Universidad Miguel Hernández, pp. 79-81.
- Hämeen-Anttila, Jaakko (2006): *The Last Pagans of Iraq Ibn Waḥshiyya and his Nabatean Agriculture*. Leiden: Brill.
- Ibancos Núñez, Cristina y Ramón Rodríguez Franco (2010): *Biodiversidad y conocimiento local. Las variedades cultivadas autóctonas en el entorno de Doñana*. Sevilla: Consejería de Agricultura y Pesca, Junta de Andalucía.
- Loinaz, Theo (2011): «Scientia peregrina. Notes critiques a la transmissió farmaconímica en el Secretum secretorum», *Medievalismo*, 21: 81-136.
- Lyons, Malcolm C. (1995): *The Arabian Epic: Heroic and Oral Story-Telling*. (3 vols.). Cambridge: Cambridge University Press.
- Makki, Mahmud Ali y Federico Corriente (2001): *Crónica de los emires Alhakam I y Abdarraḥman II entre los años 796 y 847 = (Almuqtabis II-1)*. Zaragoza: Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo.
- Martínez Enamorado, Virgilio (2003a): «La Algarbía como realidad geohistórica en el período de formación de Al-Andalus: una aproximación al estudio de su poblamiento rural», en Juan Antonio Martín Ruiz (coord.): *Arqueología y patrimonio en la Algarbía malagueña*. Málaga: Diputación de Málaga, pp. 57-94.
- (2003b): *Al-Andalus desde la periferia. La formación de una sociedad musulmana en tierras malagueñas (siglos VII-X)*. Málaga: Diputación de Málaga.
- (2009a): «De 'ulama' Rayya a udaba' Malaqa. Un ensayo sobre la Málaga andalusí y sus gentes notables», en María Jesús Viguera Molins (coord.): *Malaqa: entre Malaca y Málaga*. Málaga: Universidad de Málaga, pp. 83-104.
- (2009b): «Paladares de príncipes, recetas cortesanas, comidas de campesinos. Valoraciones en torno a la alimentación de los andalusíes», en J. M. Hita Ruiz, J. Suárez Padilla y F. Villada Paredes (coords.): *Comer en Ceuta en el siglo XIV. La alimentación durante la época meriní*. Ceuta: Ciudad Autónoma de Ceuta, pp. 60-69.
- Matesanz, Roberto (2003-2004): «Desde Bizancio hasta Córdoba. Orosio, Apiano y la Crónica del Moro Rasis», *Edad Media: revista de historia*, 6: 209-224.
- (2004): *Omeyyas, bizantinos y mozárabes. En torno a la Prehistoria fabulosa de España de Aḥmad al-Rāzī*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Mondéjar, José (1993): «Higo xaharí, granada zafarí y naranja zajarí (arabismos de Andalucía occidental)», *Boletín de la Real Academia Española*, 73: 439-461.
- Muthesius, Anna (1993): «The Byzantine silk industry: Lopez and beyond», *Journal of Medieval History*, 19: 1-67.
- Péres, Henri (1983): *Esplendor de al-Andalus*. Madrid: Hiperión. Traducción al español de Mercedes García-Arenal de *La poésie andalouse en arabe classique*, Argel, 1937.
- Pérez Álvarez, María de los Ángeles (2012): «Ibn Abī l-Fayyāḍ, Abū Bakr», en Jorge Lirola Delgado y José Miguel Puerta Vilchez (eds.): *Biblioteca de al-Andalus I*. Almería: Fundación Ibn Tufayl de Estudios Árabes, pp. 689-691.
- Rius, Mónica (2012): «al-Gazāl», en Jorge Lirola Delgado y José Miguel Puerta Vilchez (eds.): *Biblioteca de al-Andalus I*. Almería: Fundación Ibn Tufayl de Estudios Árabes, pp. 405-408.
- Samsó, Julio (1981-1982): «Ibn Hišām al-Lajmī: el primer jardín botánico en al-Andalus», *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos*, 21: 135-141.
- (2011): *Las ciencias de los antiguos en al-Andalus*. Almería: Fundación Ibn Tufayl.
- Signes Codoñer, Juan (2001): «Diplomatie und Propaganda im 9. Jahrhundert: Die Gesandtschaft des al-Ghazal nach Konstantinopel», en Claudia Sode y Sarolta A. Takács (eds.): *Novum millennium: studies in Byzantine history and culture presented to Paul Speck*. Aldershot: Ashgate, pp. 379-392.
- (2004): «Bizancio y al-Andalus en los siglos IX y X», en Inmaculada Pérez Martín y Pedro Bádenas de la Peña (eds.): *Bizancio y la península ibérica: de la Antigüedad tardía a la Edad Moderna*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 177-246.
- (2014): «Homero en tierras del islam en el siglo IX: una presencia quizás no tan episódica», en *Estudios de Filología e Historia en honor del profesor Vitalino Valcárcel* (2 vols.). Vitoria: Veleia-Anejos, 2, pp. 1005-1020.
- Stern, Samuel S. M. (1961): «Letter of the Byzantine Emperor to the Court of the Spanish Umayyad Caliph al-Ḥakam», *Al-Andalus*, 26: 37-42.
- Veny, Joan (1981): «De re ficaria: cat. bordissots i paratjals», *Affar: revista del Departament de Llengua i Literatura Catalanes*, 1: 37-46.
- Vernet, Juan (1968): «Los médicos andaluces en el Libro de las generaciones de médicos de Ibn Yūlyūl», *Anuario de estudios medievales*, 5: 445-462. Nueva edición en Juan Vernet, *Estudios sobre historia de la ciencia medieval*. Barcelona-Bellaterra: Universidad de Barcelona – Universidad Autónoma de Barcelona, 1979, pp. 469-486.
- (1999): *Lo que Europa debe al islam de España*. Barcelona: Acantilado.

Bibliografía en red

- HATA: *Historia de los autores y transmisores andalusíes*; Maribel Fierro, <<http://kohepocu.cchs.csic.es/historia-de-los-autores-y-transmisores-andalusies/-/history-of-the-authors-and-transmitters-of-al-andalus>> [consulta: 4.XII.2019].
- NTLLE: *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española*, Real Academia Española, <<http://buscon.rae.es/ntlle/Srvlt-GUILoginNtlle>> [consulta: 4.XII.2019].
- PUA: Prosopografía de ulemas de al-Andalus; María Luisa Ávila (coord.), Luis Molina, Mayte Penelas y María López Fernández. <<http://www.eea.csic/pua/>> [consulta: 4.XII.2019].